

# EL TULIPÁN ROJO

**MARI CARMEN LÓPEZ OLIVARES**



UNARIA  
EDICIONES

The logo for UNARIA EDICIONES features the word "UNARIA" in a stylized, outlined font. Above the letters "U", "N", and "A" are several stars of varying sizes, arranged in a slight arc. Below "UNARIA" is the word "EDICIONES" in a simple, sans-serif font, with a solid black circle positioned between the "I" and "C".

Primera edición: Septiembre 2016

**Textos**

Mari Carmen López Olivares

**Diseño**

Akane Studio

**Edita**

Unaria ediciones

[www.unariaediciones.com](http://www.unariaediciones.com)

[hola@unariaediciones.com](mailto:hola@unariaediciones.com)

**ISBN**

978-84-944811-8-5

**Depósito legal**

CS 586-2016

© De los textos: su autora

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

# **EL TULIPÁN ROJO**

**MARI CARMEN LÓPEZ OLIVARES**

Los primeros rayos de la mañana coloreaban de distintos matices de amarillo los inmensos ventanales de los edificios de Canal Street, calle por la que Colleman deambulaba con el rostro alborozado y un cigarrillo en la boca. Parecía un niño haciendo cabriolas por la acera, mientras vislumbraba algunos pormenores de su nuevo guion.

Eran las ocho de la mañana y se dirigía a su oficina, ubicada en pleno barrio de Chinatown, en un edificio de cinco plantas sin ascensor.

Al llegar, el conserje le entregó un paquete de parte de su representante, al que no conocía todavía personalmente.

Derrochando adrenalina, destapó una lata de Coca-Cola casi helada.

Abrió el paquete. Se trataba de un manuscrito perteneciente a una escritora holandesa que respondía al nombre de Sabana Akerman, recientemente fallecida. El texto iba

acompañado de una nota en la que, por razones no reveladas, recomendaban a Coleman para que diera un desenlace a la historia.

Envuelto en un aire que ondeaba entre el desdén y la curiosidad, comenzó a leer el texto, que llevaba por título *El tulipán rojo*.

*Ámber se levantó del sofá y miró a través de la ventana. Su casa, situada en un segundo piso, ofrecía excelentes vistas a un estrecho canal en el que se reflejaban los edificios rojizos de enfrente. Los exiguos farolillos acrecentaban la sutileza de ese color sobre las lóbregas aguas que incitaban a sentir la intimidad del fuego incandescente de un fogón.*

*Ámber, pianista profesional, se había pasado el día entero sin salir de casa repasando unas partituras para su próxima actuación. Media hora antes se había dado una ducha fría y había tomado un café largo con hielo para estar despejada cuando llegara su novio.*

*Estaba semidesnuda, con un camisón negro de seda transparente y encaje de guipur que le llegaba a la altura de las ingles. Llevaba el pelo recogido con una coleta alta de la que pendía una cinta de terciopelo verde cinabrio que le caía sobre el hombro izquierdo. El roce del encaje del camisón sobre su pubis, completamente rasurado, la incitó a tocarse.*

*Ámber no podía apartar a Kevin de su pensamiento. Ansiaba estar entre sus recios brazos, apoyar su cabeza sobre su pecho fibroso y velludo y sentir los latidos de su corazón acelerado por la excitación después de hacer el amor con frenesí.*

## El tulipan rojo

*Kevin estaba a punto de llegar. Era un veterano marino de la armada estadounidense, nacido en Nebraska. Llevaba dos meses en alta mar sin pisar tierra. Estaba al frente de un comando que trabajaba para la OTAN y ensayaban unas maniobras para una misión especial en el Mar del Norte. Ambos se conocieron en Huisduinen, una población costera septentrional holandesa en la que Kevin se alojó días antes de que se iniciaran los entrenamientos militares. Ella interpretaba al piano una pieza de jazz de John Coltrane en la inauguración de un local de copas: El alto café, propiedad de su primo y su socio. Kevin entraba en el local con unos compañeros. Se enamoró de ella al instante.*

*Cómo deseó poseerla allí mismo, acariciarle sus hombros desnudos, soltarle el cabello recogido, mirarla de frente y besarla con el mayor de los arrebatos instintivos.*

*Pese a su aspecto de tipo duro y poco cultivado, Kevin era un ser sensible, con una capacidad de amar y una delicadeza extremas.*

*Amber, junto a la ventana, se acariciaba los pechos momentos antes de que su vecina de enfrente, prostituta, corriera la cortina de su escaparate e iniciara su espectáculo. Masajeó sus pezones con los pulgares mediante movimientos circulares, repetitivos y lentos, desde dentro hacia afuera, notando cómo se le endurecían. Apretaba sus labios y emitía pequeños gemidos de placer. Sentía un calor intenso que le descendía por el cuerpo hasta el limpio triángulo que formaban sus ingles. Separó las piernas. Las abría y cerraba, unas veces despacio y otras más deprisa, imprimiendo un*

*mayor movimiento al camión y acrecentando el roce sobre el interior de sus muslos. En pocos instantes sintió una quemazón en su interior que le aceleró sus pulsaciones. Estaba muy excitada. Cogió su lazo y se hizo una mordaza con él. Los labios humedecían el terciopelo, imaginando que era el calzoncillo de Kevin, que lo mordisqueaba hasta alcanzar su pene. Estaba a punto de llegar al orgasmo. El recuerdo de los ojos verdes de su amado, de su amplio pecho sonrosado, su cabeza rapada al uno, su musculatura, tan trabajada por los duros y constantes entrenamientos, enternecía y estremecían el frágil y lozano cuerpo de Amber. Ella imaginaba que hacía el amor con Kevin allí mismo, delante de la ventana y que la penetraba por detrás. Casi sintió toda la dimensión de su pene adentro. Resopló varias veces y el cristal se llenó de vaho.*

Tras la lectura, Coleman se enfureció. Parecía que se lo llevaban los demonios.

Comenzó a despotricar contra su representante. El texto era como un insulto para él, una humillación, nada que ver con lo que él acostumbraba a escribir:

— ¡Demasiada crema pastelera para Bobby Coleman!  
—exclamó. — ¿Por quién me ha tomado ese cabrón, por una niñata? —masculló con el orgullo herido, atiborrado de indignación hacia Tony Velasco, su nuevo representante.

Con los ojos desorbitados, empapado en sudor, chasqueó los dientes manchados de nicotina y apagó con furia su decimosegundo cigarrillo, en un cenicero atestado de co-

lillas almacenadas durante días. A continuación recogió con un tenedor los últimos restos de una tostada con mostaza.

—Jasper, ¿a qué esperas para traerme ese café? —objetó enfurecido al muchacho de los recados.

Este tenía la mano izquierda dentro de su bragueta, mientras escuchaba una canción de Susi Preston, cantante de jazz amiga suya.

Colleman se levantó, se apoyó en el dintel de la puerta y observó al chico que llevaba los cascos puestos, por lo que no se percataba de la presencia de su jefe. Este le retiró los cascos por detrás.

—¿Qué? ¿Otra vez te ha dejado la novia? —preguntó con tono sarcástico.

El chico se giró sobresaltado, con el pene en erección asomando por fuera de la bragueta.

—Buen cigüeñal, chaval. Si manejas bien esa manivela te doy un papel en mi próxima *pelí*. Conozco a unas cuantas actrices que te harían una buena mamada —añadió entre risas, con pegotes de mostaza en la comisura de sus labios.

—Disculpe señor, no sabía que estaba ahí. No volverá a suceder —dijo Jasper abochornado mientras introducía tembloroso su pene en el pantalón.

Colleman miró hacia el suelo, encorvó el cuerpo y lanzó un esputo sobre la puntera metálica de sus botas. No acertó y repitió la acción. Después sacó un pañuelo de su bolsillo y lo restregó sobre ellas para sacarles brillo.

Cuando se te enfríe el paquete, llama a Velasco y dile de mi parte que es un capullo, que esto es *Orgasmágic*, no *La*



*casa de la pradera*, y que me ha traído un bizcocho que apeseta a sacarina. Si viene por aquí, que se ande con cuidado y que se proteja el trasero.

—Sí, señor Colleman —contestó el chico algo inquieto, mientras recogía unos papeles para ordenarlos.

—¿Y qué espera que haga con los protagonistas, eh? ¿Los caso en una iglesia y los mando a las Bahamas de luna de miel? ¡Qué enternecedor! —añadió—. ¡No soporto este calor! —protestó, secándose el sudor del cuello con una servilleta de papel, ya húmeda de otras veces—. ¡Venga, va! ¿A qué esperas a ir a por ese café? —arremetió contra el muchacho con gesto agrio.

En ese momento se echó las manos a los bolsillos buscando unas monedas.

—Perdone, señor Colleman, ¿de qué estaba hablando? —preguntó Jasper, al tiempo que se enfundaba aprisa una sudadera negra de cuero sintético para salir a la calle.

—Del guion que me ha pasado ese majadero: *El tulipán rojo* —explicó enojado—. Me han colgado el muerto a mí.

—¿Qué muerto? —inquirió Jasper.

—Muerta, mejor dicho, porque la que ha escrito esto, ¡la ha palmado, chaval! —aclaró señalando el manuscrito.

—¿Y para qué se lo han dado a usted? —continuó Jasper.

—Está sin acabar y alguien se ha empeñado en que yo lo termine —añadió disgustado.

—Pues le han jodido el día, con tanto trabajo como tiene; disculpe, señor Colleman —agregó.

—Tú a lo tuyo. No te pases de listo —replicó.

Colleman contó las monedas en su mano.

— ¡Toma! Tendrás suficiente para el café y algo más para ti —Bobby entregó el dinero al chico.

—Ah, antes de que te vayas: no olvides subirme una caja de aspirinas. Ese cabronazo de Velasco me ha crispado los nervios —añadió contrariado—. Y súbeme un par de cajetillas de Marlboro. Trae todas las que tenga Rita. Que las anote en mi cuenta. Ya se lo cobraré a ese cerdo, cuando lo vea.

—Sí, señor Colleman —asintió Jasper, caminando deprisa por la penumbra del vestíbulo hacia la puerta, con su aspecto de chico endeble, gafas de concha, pantalón de piti-llo y coleta rubia pajiza.

—Ah, una cosa más. ¿Se sabe ya la fecha del *casting* para el papel de Luis López? —preguntó bostezando.

Siguió a Jasper hasta la puerta de la oficina.

—Mi vecino quiere presentarse. Es un cretino. No sirve para el papel. Tiene la picha pequeña, pies planos y ningún sentido del ritmo —añadió entre risas con aire desdeñoso—. ¿Tú sabrías manejar un estoque? —preguntó.

—¿Perdón? —se sorprendió Jasper desde el descansillo del piso inferior.

—¡Olvídalo! No podrías con él. Deberías ir al gimnasio, muchacho —agregó con retintín—. Por cierto, ya que he mencionado el estoque... —aludió Colleman, e improvisó unos pasos de baile flamenco sobre el felpudo de la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja. Concluyó los pasos con un par de palmas y continuó hablándole de forma acelerada.